

Biblioteca  Era

www.edicionesera.com.mx

Antología del modernismo mexicano

1884-1921

Introducción, selección y notas
de José Emilio Pacheco

Cuidado de la edición y bibliografías
de José Ramón Ruisánchez

Ediciones  Era

PREFACIO

Los modernistas parecen nuestros contemporáneos en muchos sentidos. Sus problemas tienen gran semejanza con los actuales. Sin embargo, nadie ha querido darnos la historia ni la antología del modernismo mexicano. Quizás ello se deba a dos dificultades. La primera es puramente literaria: la complicación de hacer un deslinde entre lo que es y no es modernismo. De acuerdo con la teoría “oficial”, nuestro modernismo queda limitado a las obras de Efrén Rebolledo y Rafael López y a una parte de lo que escribieron Amado Nervo y José Juan Tablada. Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón resultan “precursores”; Urbina, “último romántico”; Othón, “cima de la poesía neoclásica”, que se opuso a los modernistas en cuanto oportunidad se le presentó; Ramón López Velarde y Francisco González León, “poetas de la provincia”; Enrique González Martínez viene a ser finalmente el ángel exterminador.

La segunda dificultad es política: el Porfiriato no produjo el modernismo, como podría sostener un determinista; pero, naturalmente, el modernismo estuvo condicionado por el Porfiriato. Y lo que es peor: casi todos los modernistas fueron huertistas.

Para comprender el modernismo hay que estudiar el lenguaje de fin de siglo. Sin el dominio de esta lengua muerta no hay entendimiento posible. Los poemas deben verse bajo las categorías de la literatura europea de la época y situarse en las condiciones locales en que se produjeron, evitando

el peligro de que los contextos nos hagan perder de vista los textos.

A través de catorce poetas y unos ciento cincuenta poemas la antología aspira a representar la aportación mexicana al modernismo de lengua española. Para sus fines encierra el movimiento entre 1884 y 1921, desde la primera reelección de Porfirio Díaz hasta la llegada al poder de Álvaro Obregón; esto es, va de “La duquesa Job” de Gutiérrez Nájera a “La suave Patria” de López Velarde. Sin embargo, incluye páginas escritas en 1951 por González Martínez. Con su muerte al año siguiente queda cerrado el ciclo modernista.

No es una obra erudita sino un libro de divulgación que trata de ser a la vez riguroso e informativo. Todo el trabajo del compilador está al servicio de los poemas que incluye, se destina a facilitar su lectura y disfrute. Cada selección se halla antecedida de un prólogo en miniatura que junto a la biografía y el juicio general acerca del poeta da algunos datos bibliográficos y en algunos casos hemerográficos.

Con excepción de Gutiérrez Nájera, los autores aparecen en orden cronológico. Cuando ha sido posible conocer las fechas, los textos se publican en secuencia de composición. Se mantiene la integridad textual y nunca se resume ni se recorta. Si ello no altera el sentido ni el tono de los versos, ortografía y puntuación se conforman a prácticas vigentes.

El autor quiere dejar testimonio de su gratitud hacia todos aquellos que le ayudaron a hacer la presente antología: Gastón García Cantú le confió su preparación; Miguel González, Porfirio Martínez Peñaloza, Julio Ortega, Fernando Rafful y Juan Manuel Torres leyeron y criticaron la selección y el manuscrito; Antonio Acevedo Escobedo, Miguel Capistrán, Enrique Caracciolo, Ernesto Flores, Henrique González

Casanova, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Monsiváis, Ernesto Prado Velázquez, Efrén Rebolledo Jr., María del Carmen Ruiz Castañeda, Kazuya Sakai, Rodolfo Usigli y Héctor Valdés le proporcionaron datos que no habían aparecido en ningún otro libro; Jesús Arellano y Maruja Valcarce tuvieron a su cargo la particularmente ardua corrección de pruebas; Fernando Benítez en *La Cultura en México* y Luis Spota en *El Heraldo Cultural* publicaron algunas de estas páginas. Finalmente, pero en primer término, el autor expresa su agradecimiento hacia la Universidad de Essex que le permitió trabajar durante un año en Inglaterra y le proporcionó todos los medios económicos y bibliográficos sin los cuales hubiera sido imposible la preparación de un libro como éste.

Junio de 1969

INTRODUCCIÓN

I

No hay modernismo sino modernismos: los de cada poeta importante que comienza a escribir en lengua española entre 1880 y 1910. Como los románticos, parnasianos y simbolistas franceses, los poetas modernistas son distintos entre sí y adaptan a su propia circunstancia lecciones aprendidas en otras literaturas. Su originalidad se logra en un momento de circulación universal de ideas y estilos.

El modernismo se inscribe en el ámbito del idioma, se empeña en no verse limitado por las fronteras nacionales. Al ser la negación de toda escuela, al exigir a cada poeta el hallazgo de su individualidad, el modernismo es un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. Por su métrica y su vocabulario es fácil reconocer un poema modernista e incluso decir si un texto se escribió antes o después del movimiento. Pero el término carece de toda connotación tangible. Es una voluntad de situarse en el ahora, de encontrar el estilo de la época. *Modus hodiernus*, lo moderno son los usos y costumbres de hoy, un hoy que no se parece al ayer y necesariamente diferirá del mañana.

En 1695 los Siglos de Oro llegaron a su fin al morir Sor Juana Inés de la Cruz. Fueron necesarios doscientos años para que las letras españolas recuperaran su lugar. Esta empresa tuvo su origen en la periferia y no en el centro. Empezó por un

afán de independencia cultural que siguiera a la autonomía política y terminó en un movimiento que se vio como hispanoamericano primero y en seguida dentro de la perspectiva general del idioma.

Al comienzo del Imperio español la revolución poética de Garcilaso de la Vega abre las puertas al lenguaje del Renacimiento. En esa época se escriben los primeros poemas castellanos de América. Cuando el imperio llega a su fin en Cuba y Puerto Rico, la revolución poética consumada –si no iniciada– por Rubén Darío abre las puertas al lenguaje del mundo moderno. Entonces simbolismo y parnasianismo eran el *dolce stil novo*: los medios para crear una poesía nunca antes escrita en español.

Ningún movimiento ha encontrado y sigue encontrando tanta hostilidad, sobre todo en España. Pero los españoles más sagaces se dieron cuenta de que el modernismo significaba la continuidad y el enriquecimiento de la gran tradición castellana frenada por el neoclasicismo o academismo del siglo XVIII, la vuelta a un “estado de naturaleza” que usurparon los neoclásicos cuando, al intentar la aclimatación de la sobriedad lúcida y la pureza idiomática observadas en Francia, silenciaron el lenguaje de Cervantes, Calderón, Góngora y Quevedo.

El término “modernismo” favorece la confusión y la ambigüedad. La crítica en lengua inglesa lo refiere a lo que llamamos vanguardia. En el habla común de nuestros países es sinónimo de contemporáneo. En cambio la historia literaria recogió esta palabra para agrupar la pluralidad de tendencias que se originaron en Hispanoamérica a fines del XIX y principios del XX. La acepción corriente identifica el modernismo con un estilo de su primera etapa, el que se manifiesta en *Prosas profanas* (1896) y que no tardó en abandonar el propio Darío. La

polémica en torno a la definición, la pugna nacionalista sobre quiénes fueron precursores, iniciadores y epígonos hacen olvidar que lo importante son las obras y no los ardides que emplean los historiadores para clasificarlas. Del mismo modo, la crítica con pretensiones sociológicas se ha limitado a darnos su versión acerca de lo que debió haber hecho el modernismo para redimir a nuestras sociedades, en vez de emplear los instrumentos de análisis a fin de explicarnos su carácter socialmente condicionado.

Así pues, de todas las épocas literarias hispanoamericanas la del modernismo es la más comentada y la menos entendida. Sin embargo, los medios para la comprensión abundan en las páginas de los grandes críticos que se han preocupado por explicar el movimiento. A juicio de Max Henríquez Ureña,¹ el modernismo es la revolución literaria que tuvo su origen en la América española durante las dos últimas décadas del XIX y posteriormente se extendió a España. En su primera etapa,

el culto preciosista de la forma favorece el desarrollo de una voluntad de estilo que culmina en renacimiento artificioso y en inevitable amaneramiento [...]. En la segunda etapa se realiza un proceso inverso, dentro del cual, a la vez que el lirismo personal alcanza manifestaciones intensas ante el eterno misterio de la vida y la muerte, el ansia de lograr una expresión artística cuyo sentido fuera genuinamente americano es lo que prevalece. Captar la vida y el ambiente de los pueblos de América, traducir sus inquietudes, sus ideales y sus esperanzas, a eso tendió el modernismo en su etapa final, sin abdicar por ello de su rasgo característico principal: trabajar el lenguaje con arte.